

Aproximaciones transdisciplinarias en el estudio del patrimonio mueble: agencia y biografía de los restos materiales jesuíticos-guaraníes en museos de Buenos Aires (siglo XIX)

PETROSINI, Alejo Ricardo / UBA, FFyL – apetrosini@gmail.com

Eje: Perspectivas teórico-metodológicas del patrimonio y procesos de conservación y restauración de obras de arte y arquitectura

Tipo de trabajo: ponencia

Palabras clave: Patrimonio misionero – Biografía – Agencia – Materialidad – Transdisciplinariedad.

Resumen

Tras la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767 por el rey Carlos III de España, las reducciones de guaraníes —de la Provincia jesuítica del Paraguay, en Sudamérica— fueron sometidas al deterioro en una región inestable, marcada por enfrentamientos bélicos durante el proceso independentista en el siglo XIX. Así pues, los restos materiales de aquella procedencia se dispersaron hacia diferentes regiones de Paraguay, Brasil y Argentina. De acuerdo con un enfoque transdisciplinar, el trabajo se propone indagar la formación del patrimonio misionero, en su variante mueble. Mediante una aproximación biográfica y a la agencia, la ponencia se propone dilucidar el movimiento de un corpus de restos en la última parte del siglo XIX, desde la recolección hasta el alojamiento en los museos para su exhibición y conservación, identificando los cambios en la redistribución de usos y funciones, con énfasis en la dimensión material. A través del relevamiento y análisis de fuentes (documentación, acervos de objetos y entrevistas), el trabajo mostrará el despliegue de agentes humanos e instituciones en la trayectoria de aquellos restos hacia determinados museos en el Área Metropolitana de Buenos Aires: el Museo de La Plata, el Museo Nacional de Bellas Artes y el Museo Histórico Nacional.

Este trabajo forma parte de una investigación que indaga la formación del patrimonio de las Misiones jesuíticas-guaraníes en Argentina. Los protagonistas de este relato son *restos materiales* pertenecientes a las reducciones, que —luego de la expulsión de la Compañía de Jesús por el rey Carlos III en 1767— fueron sometidas al deterioro, por el calor, los saqueos e incendios en plena guerra con el reino luso-brasileño hasta principios del siglo XIX. El propósito de la investigación es *reensamblar* (Latour, 2008) la trayectoria de estos restos materiales sobrevivientes —como imaginería religiosa, artefactos utilitarios o fragmentos arquitectónicos— de índole mueble, susceptibles de trasladarse a diversos ámbitos, en virtud de sus cualidades materiales y la acción de los agentes. Desde del siglo XIX hasta la actualidad, la valoración de los restos implicó su traslado y circulación, así como su conservación y exhibición en museos de las provincias de Misiones y Córdoba, además de Buenos Aires; es decir, establecimientos de diversas identidades disciplinares: la Historia y la Antropología y la Historia del Arte. Cabe destacar la importancia de adoptar la expresión «restos materiales» —en lugar de términos como objetos, piezas, artefactos, bienes, colecciones, acervos— para evitar que nuestra mirada se desvíe hacia los museos y sus colecciones, y para atender a lo central de nuestro objeto de estudio: las trayectorias *intersticiales* y *bifurcadas* de los restos hacia sus diversos destinos. Para este trabajo, nos vamos a centrar en el abordaje de la trayectoria biográfica de los restos materiales misioneros en el Museo de la Plata, el Museo Nacional de Bellas Artes y el Museo Histórico Nacional, dentro del periodo comprendido en el último cuarto del siglo XIX.

Consideramos fundamental un enfoque *transdisciplinar* (Nicolescu, 1996) —la Historia y Filosofía del Arte, la Antropología y la Arqueología, los estudios de cultura material y visual— capaz de abordar la complejidad (Morin, 2011) de nuestro objeto de estudio. Según Alfred Gell (2016), cualquier objeto encontrado invita a preguntarnos «¿Cómo ha llegado esto aquí?». Así, Gamboni (2007) asocia al patrimonio con la memoria, como un proceso dual mediante el cual ciertos objetos se seleccionan, se preservan y se los transforma, en tanto que otros se rechazan y son destruidos, o abandonados a cualesquiera fuerzas que pueden ocasionar su alteración y deterioro. Es importante considerar el rol de las acciones humanas, como uno de los factores en la formación del patrimonio mueble de las Misiones, en su trayectoria hacia los museos para su conservación y exhibición. Según Anthony Giddens (2011), los agentes son seres capaces de obrar de otro modo: de intervenir en el mundo y de producir una *diferencia*. Alfred Gell define a la agencia, como sucesos causados por actos mentales, la voluntad e intención, en las relaciones entre las personas y los objetos. El agente genera el *índex* y lo sitúa en una trama social, por contigüidad entre el dedo del agente que apunta y aquello que indica.

Desde el modelo antropológico instaurado por Marcel Mauss (2009), varios estudiosos (Alberti, 2005; Appadurai, 1991; Kopytoff, 1991; Gosden y Marshall, 1999) destacan que los

objetos despliegan una vida social: se mueven en el espacio-tiempo, pueden ser estáticos o móviles y construir o disolver lazos. Los objetos despliegan un *ciclo vital*, compuesto por la producción, la distribución y el consumo. A diferencia de la contemplación, el uso de un artefacto puede implicar su permanencia física/material o su desgaste y obsolescencia, al conllevar su descarte y destrucción; o el reciclaje y la descontextualización, que redistribuyen sus funciones y usos (Gamboni, 2014). El resto material es recolectado en un ambiente dado y trasladado hacia el museo, en tanto que su ingreso es el evento más significativo de su trayectoria vital. El resto es clasificado o categorizado, y puesto en mantenimiento —restauración o conservación— para su exhibición o depósito. El ingreso de un resto material a un museo se efectúa con el intercambio, vía préstamo, adquisición (como mercancía) o donación (como regalo o don). La tercera opción es significativa, en virtud de ser una transacción productora de sociabilidad inalienable; es decir, de reciprocidad entre el dador (o benefactor) y el destinatario (*recipient*), con el objeto como intermediario. El museo es beneficiado por el donante, a quien se le garantiza su visibilidad.

Es importante considerar la dimensión ambiental de las Misiones, el lugar donde partieron los restos materiales. El clima es subtropical, con temperatura cálida y frecuentes precipitaciones, que —junto con la humedad y la radiación electromagnética— actúan en la alteración de los materiales. Asimismo, es frecuente la presencia de insectos, hongos y microorganismos. La vegetación de la «exuberante» selva muestra una fuerza expansiva e invasiva hacia los espacios vacíos de los restos materiales, cuyas grietas son ensanchadas constantemente. Ante este panorama, varios agentes humanos recolectaron todo resto que encontrasen desperdigado por doquier y en estado de abandono. En el periodo abordado, las principales vías de acceso a Misiones eran la terrestre (vía caminos y carretas) y la fluvial, precisamente los ríos Paraná y Uruguay. Así, el traslado de objetos no sería posible sin la adecuación a un medio de transporte para su protección y evitar su deterioro por el traqueteo, atributos esenciales para el transporte de un objeto para su exhibición y conservación en un museo: el peso, las dimensiones y la durabilidad, cualidades que posibilitan la portabilidad, en tanto que el traslado implica la potencial desaparición de los elementos blandos (Errington, 1998). La arenisca, el asperón, el urunday y el cedro (ygary o cedro misionero *cedrela fissilis*) son los materiales más empleados en piedra y madera (Charola y Magadán, 2009; Gómez, Fazio, Maier, *et al.*, 2010).

En el relevamiento efectuado en los museos, logramos identificar fragmentos arquitectónicos, artefactos utilitarios y simbólicos e imaginería religiosa, compuesta de ángeles, santos y vírgenes. Todos ofrecen dimensiones variables, desde el tamaño natural

hasta el reducido. Un primer conjunto de restos materiales de madera procede de las ruinas de la Misión jesuítica de La Santísima Trinidad de Paraná (actual República de Paraguay): ángel orante, cabezas de ángeles alados, candelabro, candelabro para cirios, pequeño altar, Joven Daniel o Paje y León, campana, bargueño, un adorno, otro adorno con el anagrama de María, Santísima Trinidad, Santo predicante —posiblemente San Juan Francisco Regis— [figura 1], San Gregorio Magno, San León Magno. Por otra parte, restos de piedra arenisca provienen de otros sitios del entonces Territorio Nacional de Misiones (República Argentina): escudo de la Compañía de Jesús, capitel (San Ignacio Miní), cruz con la impresión de las llagas, San José con el Niño (Apóstoles), Virgen María (Concepción de la Sierra) Inmaculada Concepción (Santa Ana), mortero, pila bautismal (Loreto) y Verónica (Mártires), además de una campana de metal.



Figura 1. Anónimo, Santo predicante (posiblemente San Juan Francisco Regis), siglo XVIII, madera tallada y policromada, 1, 68x 0, 65 x 0, 55, Museo de Ciencias Naturales de La Plata

De acuerdo con inventarios de bienes jesuíticos (Brabo, 1872; Schenone, 1964; Ribera, Schenone, 1948), aquel conjunto de restos de madera estaba emplazado en el interior de la Iglesia de Trinidad (de piedra de itaquí, con tres naves, bóvedas de cal y ladrillo, con sus altares y nichos), *i.e.* el retablo de San Ignacio (San Gregorio Magno y San León Magno) y el altar segundo colateral o el segundo altar de San Javier del crucero (de donde proviene el segundo conjunto de materiales de madera, como veremos más adelante). Tras la expulsión de los jesuitas, estos restos materiales de las Ruinas de Trinidad fueron trasladados hacia el oratorio y una pieza contigua. En su visita al sitio en 1887, Adolphe de Bourgoing —acompañado por el jefe de Trinidad y Jesús Don Buenaventura Flecha— se había dirigido a estos dos ámbitos y se detuvo para apreciarlos. En efecto, Bourgoing (1894) destaca un altar, localizado hacia el fondo del oratorio, y lo valora entre las «magníficas imágenes talladas en madera, de gran tamaño, y espléndidamente decoradas que allí había» (p. 405), en contraste con el «cuartucho» en donde estaba alojado. Valora además la acción de los nativos en el salvataje de los restos ante la destrucción general, junto con la custodia de las autoridades locales. En este recorrido, advertimos un estatus ambivalente en las imágenes expuestas —en función del tipo de relación con las personas— cuando Bourgoing afirma estar poco convencido que no tenía delante ninguna divinidad digna de mayor veneración, y sí solo preciosas obras del arte humano, frente al

respeto del guardián que apenas se atrevía a mover los labios. En su paso por la pieza adyacente, Bourgoing advierte otro conjunto de restos materiales, al señalar la siguiente apreciación:

Imaginaos, lector, veros por un momento en un local sombrío, estrecho, rodeado de todos los doctores de la iglesia, de los mismos apóstoles y santos de más significados del calendario romano, de crucifijos de todos los tamaños, de los colosales candelabros, angarillas como se usan en las procesiones de semana santa, con sus accesorios correspondientes, *angelitos*... serafines, la mismísima *Santísima Trinidad*, (representada, ésta de modo un tanto grotesco) [...] y aquellos *bustos de medio cuerpo*, ó aquellas estatuas de tamaño natural (1894, p. 406, el subrayado es nuestro).

Bourgoing continuó su visita por este ámbito y detectó restos materiales: fragmentos de otro altar, un púlpito muy decorado y una multitud de candelabros de madera, «tan adornados, tan primorosamente esculpidos, tan elegantes, de labor tan rara» (1894, p. 408). Así, el naturalista concluye que, por sí mismas y su originalidad, los restos materiales podían constituir una adquisición de mérito. Conviene resaltar al valor aurático como criterio del guardián del local para retener y conservar las piezas, o desprenderse de ellas y venderlas, cuando Bourgoing expone que «[...] aquel depósito de curiosidades no le parecía [al guardián], según podíamos deducir de su actitud y menor compostura, tan sagrado» (1894, p. 407). El naturalista discernía aquello que deseaba comprar, en tanto el guardián fijaba su mirada y señalaba los objetos: «Ese es San Ignacio —nos decía— aquel San Pedro, San Pablo aquel otro y el de más allá San Juan. Este que veis aquí es la virgen del Cármen, aquella otra Santa Tecla; San Isidro, aquel negrito que veis allí detrás» (1894, p. 406). Así, esta habitación contigua sería —como todo ambiente cerrado— potencialmente propicia para la conservación y protección de objetos, lejos de la hostilidad de la naturaleza y del vandalismo. No obstante, ciertos factores provocados por la prolongada clausura — como la oscuridad, la humedad y la ausencia de aire, en expresiones como «despedía ese olorcillo»— sugieren que este espacio carecía de condiciones para exhibir restos. El naturalista lo caracteriza como un museo histórico o de antigüedades, aunque también sugiere el aspecto de un gabinete de curiosidades al presentar un «conjunto de los más raros: extravagante y abigarrados», como contrapunto de un estudio sistemático de la cultura material regional.

En el Territorio Nacional de Misiones, Bourgoing se había dirigido hacia diversas ruinas. En su visita a San Ignacio Miní, el naturalista observaba que los escombros formaban montículos «[...] cubiertos de tierra y de una capa verdosa de musgo, y de enredaderas». Entre otros restos, había discernido figuras y adornos diversos; trozos de columnas, capiteles, y parte de un escudo español antiguo, todas desprendidos del frontispicio. El

naturalista advierte sobre la superficie de la fachada una cobertura de labor escultural, que sirve de adorno y representa diversas imágenes religiosas, símbolos y emblemas, destacando su gusto y paciencia. Luego, Bourgoing se dirigió hacia las ruinas de Apóstoles y Concepción. La fachada de la iglesia concepcionera había sido construida con piedra bajo la dirección de José Brasanelli, concebida como una «fachada-retablo»: una pantalla escenográfica ante la plaza, mientras que la madera se reservaría para el interior del edificio (Sustersic, 2004; 2010). La fachada estaba coronada por una cruz de hierro (ejemplar que más adelante se retomará), en tanto que seis estatuas de santos, producidas por guaraníes, fueron emplazadas en nichos. En 1872, los habitantes efectuaban —de acuerdo con Queirel (1901) y Furlong (1978)— sus rezos y devociones ante estas imágenes, en parte debido a que el espacio interior estaba inutilizado. Varios autores (Ambrosetti, 1892; Queirel, 1897; Barrio, 1931; Furlong, 1978) recuerdan el derribamiento de la fachada por parte de un funcionario local, el ex jefe coronel Berón de Astrada, en tanto que las imágenes —que creemos que entre las cuales podría incluirse la Virgen María— fueron tiradas a lazo hacia el suelo, ante el dolor de los habitantes. La noche anterior habían velado en la plaza con rezos y sollozos ante la inminente¹ salida de las carretas que iban a conducir a los santos a Posadas. Por su parte, Bourgoing en Apóstoles tuvo que enfrentarse a una rebelión por parte del pueblo, que se resistía a ceder los materiales —que, creemos que serían en este caso, la Cruz con la impresión de las llagas, San José con el Niño, columna, frontispicio— en medio de la intervención del comisario de Concepción (Poénitz, 2005). Algunos pobladores en llantos se mostraban desesperados y se arrodillaban antes los restos que se iban a retirar. De este modo, los fragmentos fueron trasladados por el Gobernador Rudencino Roca a la capital del Territorio, para cederlos a Bourgoing.

El naturalista expone el traslado de los restos materiales reunidos hacia su destino: el Museo de Ciencias Naturales de La Plata (MLP). Así pues, el transporte no sería posible sin la adecuación a un medio idóneo para su protección, puesto que «no había mas [sic] que preparar una rastra de ramas sobre la cual colocaríamos para evitar que los golpes las deterioraran, las piezas escojidas [sic]» (1894, p. 446). De este modo, el testimonio de Bourgoing de que «todo aquello que por su peso lo permitiera dejando para mejor ocasión todo lo demás» (*idem*) nos hace entrever que aquellas condiciones son necesarias para el traslado de los restos hacia el museo.

Como observamos, el propósito principal del viaje de Bourgoing en 1887 hacia aquellas regiones era obtener restos materiales jesuítcos-guaraníes, experiencia que fue relatada en *Viajes en el Paraguay y Misiones*, publicada en 1894. Uruguayo con ascendencia francesa,

¹ En virtud de una conversación mantenida con la arqueóloga Dra. Amanda Ocampo, este acontecimiento derivó en la actualidad en un litigio legal entre Concepción de la Sierra y Apóstoles sobre la propiedad de un santo sin cabeza, emplazado como monumento urbano en la segunda localidad.

este naturalista estaba prestando servicios al MLP; en particular, un viaje en ese mismo año a Bahía Blanca, para coleccionar objetos de índole antropológico y arqueológico. Esta iniciativa había sido impulsada por Francisco P. Moreno, naturalista y director del museo platense, cuya apertura se había llevado a cabo durante 1887, luego la creación de La Plata como capital de la Provincia de Buenos Aires. El MLP se orientó (Farro 2009; Lopes y Podgorny 2008) hacia las ramas de la Historia natural, la Antropología y la Arqueología, al concebirse como entidad con fines utilitarios y filosóficos, didácticos y de investigación.² En un informe (cit. en Bourgoing 1894, pp. 377, 378) enviado el 12 de febrero de 1887, Moreno le manifestó a Manuel B. Gonnet —el entonces Ministro de Obras Públicas bonaerense— la importancia de este emprendimiento para aumentar el acervo del MLP. Además, en este documento muestra su preocupación frente a la pérdida de la cultura material misionera, expuesta por los vestigios de sus ruinas. Así pues, Moreno indica aquellos restos en palabras como «estatuas de maderas y piedra», «trozos arquitectónicos», «altares», «piedras sepulcrales», «pinturas» y «libros»- y los valora en términos artísticos —en particular, la enseñanza misionera y el estilo «indígena»— y científicos, por permitir la ampliación de los conocimientos. También enfatiza la cualidad transportable de estos objetos, como condición para el rescate y conservación en museos. En este sentido, considera a la fotografía como recurso para acceder —mediante su capacidad reproductora— a aquella cultura material.³ Tras el ingreso de los restos materiales al MLP, Moreno retomó su categorización. En una carta dirigida al jefe de estadísticas de la Provincia de Buenos Aires —con la fecha de 24 de octubre de 1887—, el naturalista describe los sectores del establecimiento, y considera este conjunto misionero como parte de la sección histórica, distanciándose de su valoración artística. No obstante, el director pondera, en su guía del museo platense (Moreno, 1890), la valía de los restos según ambas disciplinas, al afirmar que es una «sección interesante en todo sentido, tanto por el interés histórico que tiene esa época, como desde el punto de vista artístico, por la fusión del estilo jesuítico característico, con la forma indígena» (*Ibidem*, p. 22, 23). En esta publicación, Moreno retoma la importancia de su rescate de los restos materiales misioneros, al mismo tiempo de lamentarse de que nadie «[...] a lo menos en la República Argentina, se ha preocupado de salvar de la destrucción tales preciosidades, de las que solo queda una que

² El MLP alojó la colección Moreno del Museo Arqueológico y Antropológico, formada en sus viajes en el territorio argentino, además de intercambios con estudiosos e instituciones europeas. Asimismo, el naturalista Florentino Ameghino vendió su colección en 1886, cuando fue contratado como subdirector del museo.

³ Moreno estuvo satisfecho con los resultados del viaje de Bourgoing hacia Misiones y Paraguay. Solicitó al gobierno bonaerense autorización y fondos para un segundo envío del explorador, con la provisión de más elementos de trabajo, como la fotografía. La solicitud finalmente fue denegada debido a una reorientación de la política económica por parte del gobernador Máximo Paz. Ver Barrios, (1931).

otra en manos de coleccionistas particulares» (*idem*). Maximino de Barrio (1923) expone que Moreno se encargaba personalmente de controlar la colocación de las piezas, aunque tuvo que reducir su proyecto edilicio a la mitad, situación que llevó al amontonamiento de objetos en el depósito por falta de salas de exhibición.

Es fundamental exponer la trayectoria del segundo conjunto de restos materiales procedente de Trinidad: San Ignacio Loyola [figura 2], San Agustín y San Ambrosio, que habían sido emplazadas en el segundo altar colateral o el segundo altar de San Javier del crucero de la Iglesia.

Así pues, los dos primeros fueron recolectados por Juan Bautista Ambrosetti, quien tenía una vasta experiencia en el Territorio Nacional de Misiones, como resultado de sus expediciones, que derivaron en varios volúmenes editados por el Instituto Geográfico Argentino (IGA) y la Revista del MLP. En los dos primeros viajes hacia aquella región Ambrosetti (1892, 1894), se había dirigido a Villa Encarnación (Paraguay). Allí había visitado el ingenio y destilería de caña de azúcar del Sr. Don Carlos Revenchón, en donde apreció sus colecciones etnográficas. Revenchón le había cedido algunos objetos actuales de los caingúas al naturalista, sin realizar mención de piezas jesuíticas. Como primera hipótesis, sostenemos que la recolección de las figuras de San Ignacio y San Agustín sería el producto del hallazgo fortuito o imprevisto por parte de Ambrosetti, que no merecía incluirlo en su relato como dato pertinente. A diferencia de Bourgoing, el propósito de los viajes de Ambrosetti mostraba un alcance más general: reunir información y objetos de etnografía, arqueología y zoología de Misiones, además de describir las características del territorio, sus actividades industriales y agrícolas. Otra hipótesis complementaria indica que las acciones de Ambrosetti ante estos restos obedecerían a razones materiales. En un artículo del periódico *El País*, el naturalista destaca su rescate del fuego de ciertos santos —sin especificar cuáles eran—, como excepción frente a su rechazo de extraer piedras grabadas de las ruinas, al considerarlo un sacrilegio arqueológico: sospechaba que, luego del saqueo, éstas presentarían la apariencia de escombros informes. La importancia de esta conjetura estriba en que la madera es un material más perecedero que la piedra —en figuras que se destinarían posiblemente al interior de templos, como observamos previamente—, y que por esta razón era ineludible su transporte en un ámbito cerrado para su protección. Creemos que posiblemente Ambrosetti estaría aludiendo a aquellos dos restos, aunque hasta el



Figura 2. Anónimo, San Ignacio de Loyola, siglo XVIII, madera tallada, 1,66 x 0,72 x 0,46, Museo Nacional de Bellas Artes

momento desconocemos las circunstancias del traslado. Otra hipótesis expone que el destino parcial de estas dos piezas habría sido el Museo de Entre Ríos, establecimiento donde Ambrosetti se desempeñaba como director de la sección de Zoología. En el inventario de este museo (Ambrosetti, 1893), el naturalista señala la existencia de «algunos objetos de las reducciones jesuitas de Misiones», sin precisar cuáles eran, con la excepción de una lápida mortuoria con inscripciones en guaraní. Ambrosetti habría tomado conciencia del valor de estos restos materiales recolectados y decidió donarlos al Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA) para su inauguración en 1896, como resulta constatado en el *Catálogo del Museo Nacional de Bellas Artes* (1896).

Por otra parte, conviene considerar a San Ambrosio, donado por Mauricio Mayer — quien habría sido concejal y/o propietario del bazar *Ichi-Bau*, en Buenos Aires— al MNBA también para su apertura, como certifica aquel catálogo, aunque hasta el momento desconocemos de qué modo este resto fue recolectado y trasladado. En una carta, el director Eduardo Schiaffino (1895) le comunica a Mayer el conocimiento —por mediación del Senador Igarzabal— de su disposición a donar el «busto en madera de un santo, esculpido en misiones» (18 de noviembre de 1895), además de permitirse el envío del intermediario en su busca, al ser inmediata la inauguración. De acuerdo con el Catálogo, San Agustín y San Ambrosio estaban expuestos en la sala III del edificio de Bon Marché (actual Galerías Pacífico), mientras que San Ignacio se hallaba en la Sala V.

Nos preguntamos por qué ciertas figuras de impronta positivista —como Moreno y Schiaffino— manifestaron una valoración positiva hacia lo colonial, en particular lo jesuítico-guaraní. En efecto, en Argentina, a finales del siglo XIX, el Estado-Nación estaba consolidándose con la Generación del '80, en paralelo a la construcción del relato oficial del pasado histórico. Así, para Schiaffino el arte era una «[...] herramienta contra la barbarie esa prueba irrefutable de alta civilización» (Malosetti Costa, 2001, p. 407), «[...] la última palabra en la civilización de los pueblos; complementa por lo tanto, el progreso material de las naciones» (Schiaffino, 1883, p. 3). Como aprecia Laura Malosetti Costa (2001; 2010), las decisiones estéticas de Schiaffino se aproximaban al modernismo finisecular, orientadas hacia la educación del buen gusto del público de Buenos Aires, al proponerse desarrollar un arte nacional y reunir obras del arte universal, representativas de las épocas y los estilos de la historia del arte. Posteriormente, en el capítulo sobre el arte en América de *La pintura y la escultura en Argentina: 1783-1894* (1933), Schiaffino valora a las Misiones Jesuíticas y las obras de sus afiliados, en particular el misionero José, que no tenía apellido, como «[...] tampoco lo tuvieron los maestros atenienses, a quienes se distinguía sencillamente por Fulano, hijo de Mengano, ha vinculado su modesto nombre a esta doliente imagen, sin necesidad de firma» (1933, p. 56-57).

Es importante describir la trayectoria de dos restos materiales, específicamente artefactos simbólicos pertenecientes a estructuras arquitectónicas: la mencionada cruz de hierro, que coronaba la fachada de la Iglesia de Concepción [figura 3], y el escudo de la Compañía de Jesús [figura 4], proveniente del imafronte de la Iglesia de San Ignacio Miní. En efecto, el primero fue recolectado por el agrimensor Juan Queirel, cuando se había dirigido a aquella localidad. Queirel (1897, 1901) realizaba viajes a Misiones desde 1886, con el propósito de efectuar mensuras en el territorio (dentro de una puesta en preparación para la explotación agrícola-ganadera y el turismo). En su estadía en Concepción, Queirel dedicó su tiempo a coleccionar objetos antiguos, solicitando a «[...] los que sabían que tenían y que gentilmente me los daban» (1897, p. 240). El señor Méndez, un allegado del agrimensor, preguntaba en cada rancho si podía ceder algunos «[...] objetos curiosos guardados, como Santos, cruces, medallas» (1897, p. 241), en tanto que los vecinos respondían negativamente, con la excepción de una mujer quien accedió y extrajo de su baúl alguna «baratija, una medallita, un fragmento de cualquier cosa, encontrados en la ruina» (1897, p. 241). Así pues, Queirel había reunido otros restos materiales: un niño-Dios de bronce —que supone habría formado parte de un San José o San Antonio—, varias lozas funerarias con inscripciones, un Espíritu Santo de plata hallado en un estanque o fuente del sitio. Con posterioridad, Queirel relata las circunstancias penosas del traslado de los restos, en el paso de las Piedras, que rodeaba el arroyo Periguero, a pesar de contar con un convoy de carretas de cuatro yuntas de bueyes, y de no llevar una carga completa. Dentro de este conjunto obtenido, Queirel donó los restos más valiosos al Museo Histórico Nacional (MHN), sin especificar cuáles, con la excepción de la cruz.

Varios exploradores describieron al Escudo en su emplazamiento preliminar. Estaba localizado hacia la derecha del imafrontis de San Ignacio Miní, con el signo emblemático I.H.S, en paralelo a otro escudo ubicado hacia la izquierda, con el emblema de María. Ambos paneles estaban grabados con cincel, e incluían motivos como una corona, los tres clavos de la pasión y el corazón traspasado, además de elegante línea ondulada. Así pues, Adolfo de Bourgoing observa a estas dos grandes piedras rectangulares, y advierte que, por su «peso tremendo», no podían ser llevadas, dado los medios de transportes que se podía contar. Por su parte, Ambrosetti en su *Tercer Viaje* (1896) advierte que aquellas estaban engastadas en la pared. Explica que una de estas placas fue arrancada de su lugar para transportarla a la «Exposición Continental del año 1882, pero parece que una vez fuera de su lugar no pudieron conducirla por su peso, y allí [...] ha quedado en el suelo delante de la



Figura 3. Anónimo, Cruz, siglo XVIII, hierro, 1, 28 x 0, 47 x 0,36, Museo Histórico Nacional



Figura 4. Anónimo, Escudo de la Compañía de Jesús, siglo XVIII, arenisca tallada y grabada, 2,20 x 1, 40 x 0, 08, Museo Histórico Nacional

puerta» (1896, p. 62). El historiador del arte Miguel Solá (1935, 1946) agrega que esta tentativa de extraer el escudo I.H.S conllevó su destrozo, para permanecer allí hasta que fue trasladada a Buenos Aires, para ser donada al Museo Histórico Nacional (MHN) por Carlos Pellegrini en 1901, como consta en el Catálogo (1951).

El MHN se había fundado en mayo de 1889 como Museo Histórico de la Capital, en tanto que en agosto del año siguiente fue inaugurado. En septiembre de 1891 fue nacionalizado con el actual nombre. Su propósito era localizar y reunir objetos dispersos en el territorio nacional, además de recordar y revivir —a través de un conjunto evocativo— con su significado episódico o documental la vida y los hechos notorios de los próceres. En su devenir, el objetivo del museo —según un informe en el Boletín de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Histórico (CNMMLH) (Santa Coloma Brandsen, 1939, p. 60)— era ordenar los objetos en función del encadenamiento de acontecimientos y periodos históricos con una ordenación general cronológica,⁴ objetivo que no se logró por las limitaciones de las salas, así como determinadas soluciones de continuidad, «impuestas por la distribución arquitectónica del edificio». De acuerdo con Sofía Oguic, investigadora y responsable del Archivo Histórico del MHN,⁵ el escudo de San Ignacio Miní fue instalado sobre el muro en el descanso de la escalera que desciende al subsuelo, a partir de la

⁴ Carman expone que el MHN era un «[...] espacio abarrotado de objetos expuestos desordenadamente en salas que se sucedían a otras, o bien apilados en depósitos repletos sin siquiera suficiente espacio para permanecer guardados con ciertos cuidados» (2013, p. 138). Esta situación correspondía al objetivo de Carranza: el aumento constante de las colecciones, sin un criterio selectivo y sin atender al problema de considerar cuales serían los periodos de la historia representados en sus vitrinas, aspectos cuestionados por Quesada. Así, lejos de ajustarse al decreto fundacional, Carranza solicitó objetos relacionados con el periodo colonial —así como otras etapas: el orden rosista, las guerras de fronteras contra las comunidades indígenas y la Guerra del Paraguay— que en principio «[...] no tenía ningún interés en rendir homenaje porque no lo consideraba parte de la historia argentina» (*ibidem*, p. 141).

⁵ Información proporcionada mediante correspondencia de correos electrónicos

ampliación efectuada en el edificio del Parque Lezama, por excavación sobre la calle Defensa (Ruiz, 1999, p. 47), aunque se desconoce dónde estuvo alojado con anterioridad. Oguic agrega que este resto material nunca se movió de ese lugar, se estima por su peso y por hallarse en fragmentos. La exposición en tiempos de la dirección de Carranza se iniciaba en el subsuelo, mientras que la escalera era el acceso a las salas superiores.

Hemos recorrido un camino sinuoso, en busca de la trayectoria biográfica efectuada hacia finales del siglo XIX por nuestros protagonistas: los restos materiales, conducidos y animados por agentes humanos, motivados por el deseo de rescatarlos para su alojamiento y conservación, a partir de un interés estético e histórico. Suponemos entonces la hipótesis de que las Misiones era un tema recurrente en agentes —como Moreno, Ambrosetti, Carranza, Schiaffino, entre otros—, que se reunían en espacios de socialización en Argentina, como El Ateneo (Fernández Bravo, 2002, p. 338; Malosetti Costa, 2001, p. 349). Asimismo, observamos otras acciones relacionadas con esta dimensión material, desde las prácticas iconoclastas —el abandono o la destrucción intencional—, en situaciones no exentas de una carga emotiva, así como la factibilidad del traslado de los ejemplares, de acuerdo con el peso, los obstáculos y las posibilidades otorgadas por los medios de transportes y las vías. Estos restos en sus ámbitos preliminares desempeñaban funciones y usos, como la utilitaria y religiosa, o la estructural-arquitectónica. Luego, estos restos se destinaron a museos del Área Metropolitana de Buenos Aires: MLP, MNBA, MHN. Es decir, se bifurcaron, como *objeto distribuido* (Gell, 2016) a diferentes instituciones, distantes geográficamente y con diversas identidades disciplinares.

Referencias

- Alberti, S. (2005). Objects and the museum. *Isis*, 97 (4), 559-571.
- Ambrosetti, J. B. (1900). Las ruinas artísticas de Misiones. *El País*, p. 5.
- _____ (1896). *Tercer viaje a Misiones*. Buenos Aires, Argentina: s/d.
- _____ (1894). *Segundo viaje a Misiones (por el Alto Paraná e Iguazú)*. Buenos Aires, Argentina: Imp. y Enc. "Roma" de J. Carbone.
- _____ (1893). *El Museo de Entre Ríos*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta M. Biedma.
- _____ (1892). *Viaje a las Misiones argentinas y brasileñas*. La Plata, Argentina: Talleres de publicaciones del museo.
- Appadurai, A. (1991). Introducción: las mercancías y la política del valor, En A. Appadurai (Ed.). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 17-87). México DF, México: Grijalbo.
- Barrio, M. (1931). *Las colecciones de las Misiones jesuíticas del Paraguay existentes en el Museo de La Plata*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta y Casa Editora 'Coni'.
- _____ (1923). *El Museo de la Plata. Sus tres épocas*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta y Casa Editora 'Coni'.
- Bourgoing, A. (1894). *Viajes en el Paraguay y Misiones*. Paraná, Argentina: Tipografía, Litografía y Enc. "La Velocidad".
- Brabo, F. (1872). *Inventarios de los bienes hallados, a la expulsión de los jesuitas*. Madrid, España: Imprenta y estereotipia de M. Rivanedeyra.
- Carman, C. (2013). *Los orígenes del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Charola E. y Magadán M. (2009). Principales materiales utilizados en las Misiones Jesuíticas de los Guaraníes. En E. Charola y M. Magadán (Ed.). *Manual básico de conservación para las misiones jesuíticas guaraníes*. New York, USA: World Monuments Fund.
- Errington, S. (1998). *The death of authentic primitive art and other tales of progress*. Berkeley, USA: UC Press.
- Fernández Bravo, Á. (2002). Memorias materiales. Tradición y amnesia en dos museos argentinos. *Anclajes* 6, 329-358.
- Farro, M. (2009). *La formación del Museo de La Plata*. Rosario, Argentina: Prohistoria.
- Furlong, G. (1978). *Misiones y sus pueblos de guaraníes*. Posadas, Argentina: s/d.
- Gammoni, D. (2007). En busca de la posteridad. En G. Siracusano et al., *Imágenes Perdidas. Censura, olvido, descuido. IV Congreso Internacional de Teoría e Historia del Arte y XII Jornadas del CAIA* (pp. 9-21). Buenos Aires, Argentina: CAIA.
- _____ (2014). *La destrucción del arte*. Madrid, España: Cátedra.
- Gell, A. (2016). *Arte y agencia. Una teoría antropológica*. Buenos Aires, Argentina: SB.
- Gómez, B. Fazio, A., Maier, M., Papinutti, L., Parera, S., Rodríguez Romero, A., Siracusano, G. (2010). Fungal deterioration of a Jesuit South American polychrome wood sculpture. *International Biodeterioration & Biodegradation*, 64 (8), 694-701.
- Giddens, A. (2011). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gosden, C. & Marshall, Y. (1999). The cultural biography of objects. *World Archaeology*, 31 (2), 169-178.
- Kopytoff, I. (1991). La biografía cultural de las cosas. En A. Appadurai (Ed.). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 89-122). México DF, México: Grijalbo.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Lopes, M.M. y Podgorny, I. (2008). *El Desierto en una vitrina*. México DF, México: Limusa.
- Malosetti Costa, L. (2010). Arte e historia: la formación de las colecciones públicas en Buenos Aires. En Castilla, A. (Comp.). *El museo en escena* (pp.71-88). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- _____ (2001). *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don*. Buenos Aires, Argentina: Katz.
- Museo Nacional de Bellas Artes [MNBA]. (1896). *Catálogo de las obras expuestas en el Museo Nacional de Bellas Artes*. Buenos Aires, Argentina: s/d.
- Museo Histórico Nacional [MHN]. (1951). *Catálogo del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires, Argentina: s/d
- Moreno, F. (1887). Carta al jefe de estadísticas de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 24 oct 1887, Legajo 1, folios 83-85. Archivo Francisco P. Moreno. AGN. *Relics & Selves. Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile. 1880-1890*, en <https://bit.ly/3i1RWMo> acceso 14 de septiembre de 2020
- _____ (1890). *El Museo de La Plata. Rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo*. La Plata, Argentina: Imp. y Talleres del Museo de La Plata.
- Morin, E. (2011). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Argentina: Gedisa.
- Museo de Bellas Artes. Su inauguración. Una excelente colección de cuadros. Éxito inesperado (1896, 17 de enero). *La Nación*, Buenos Aires, p. 3
- Nicolescu, B. (1996). *La transdisciplinariedad: manifiesto*. Hermosillo, México: Multiversidad Mundo Real Morín, Edgar.
- Poenitz, A. (2005). El destino de las imágenes religiosas en el proceso de la dispersión guaraní-misionera postjesuítica. En C. Page. *Educación y evangelización. La experiencia de un mundo mejor. X jornadas internacionales sobre misiones jesuíticas* (pp. 269-274). Córdoba, Argentina, Universidad Católica de Córdoba.

- Queirel, J. (1897). *Misiones*. Buenos Aires, Argentina: Taller tipográfico de la Penintenciaría Nacional.
- _____ (1901). *Las ruinas de Misiones*. Buenos Aires, Argentina: Imprenta de La Nación.
- Ribera, A. y Schenone, H. (1948). *El arte de la imaginería en el río de la plata*. Buenos Aires, Argentina: IAA, FAU-UBA.
- Ruíz, D. (1999). *Ficha de lectura de Circunstancia. El Museo Histórico Nacional. (Monografía)*. La Plata, Argentina: ISFDT
- Santa Coloma Brandsen, F. (1939). Museo Histórico Nacional. Informes de los directores de Museos Históricos. *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, 1, 55-66.
- Schenone, H. (1964). *El Arte después de la Conquista. Siglo XVII y XVIII*. Buenos Aires, Argentina: Centro de Artes Visuales Instituto Torcuato Di Tella.
- Schiaffino, E. (1895, 10 de noviembre). Carta a D. Mauricio Mayer. Buenos Aires, Argentina. Documentación y registro MNBA.
- _____ (1933). *La pintura y la escultura en Argentina: 1783-1894*. Buenos Aires, Argentina: Edición del autor
- Solá, M. (1935). *Historia del arte hispano-americano. Arquitectura, escultura, pintura y artes menores en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*. Barcelona, España: Editorial Labor.
- _____ (1946). *Las Misiones Guaraníes, Arquitectura, Documentos de Arte Argentino*. Buenos Aires, Argentina: ANBA.
- Sustersic, B. D. (2010). *Arte jesuítico-guaraní y sus estilos. Argentina-Paraguay-Brasil*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payro", FFyL-UBA.
- _____ (2004). *Templos Jesuítico-Guaraníes. La historia de sus fábricas y ensayos de interpretación de sus ruinas*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Teoría e Historia del Arte "Julio E. Payro", FFyL-UBA.